

Gregorio esta obra utilísima, digna de estar siempre entre las manos de los fieles.

Basta referir una de las muchas cartas escritas por S. Gregorio á Leandro, para que se forme idea del aprecio y veneración que hizo de este eminentísimo y nunca bien ponderado prelado. *Recibí la de vuestra Santidad (le dice) escrita con la pluma de vuestra caridad: del corazon tomó la lengua lo que escribió la pluma: presentes estaban cuando se leyó algunos varones virtuosos y sabios, los cuales principiaron luego á enternecerse y compungirse con solo oirla. Cada uno con su amor y afecto os ponía en su corazon, pareciéndoles no oír, sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendían y maravillaban, mostrándose muy bien, en el fuego que se prendió en los oyentes, las llamas que ardían en el pecho del que hablaba, pues ninguno puede inflamar á otro, si no arde en sí primero. De aquí inferimos lo grande de vuestra caridad, supuesto que pudo imprimir en otros tanto incendio. No conocen vuestra vida, de la que yo siempre me acuerdo con grande veneración; pero la grandeza de vuestro corazon bien se echa de ver en la humildad de vuestras palabras: y sigue encomendándose en sus oraciones.*

Finalmente, después de haber gobernado este pastor incomparable su Iglesia por espacio de cuarenta años, murió en el Señor en el día 13 de marzo, á fines del siglo VI, bien que otros señalan su fallecimiento en el de 601. Su cuerpo fué sepultado con la posible magnificencia en la iglesia de Sta. Justa y Rufina, de donde fué trasladado á la catedral en el día 6 de abril, en la cual se renueva todos los años la memoria de esta traslación.

SANTA EUFRASIA, LLAMADA TAMBIEN EUFROSINA, VÍRGEN.

SANTA Eufrasia, mas ilustre aun por su eminente virtud que por su esclarecida nobleza, nació en Constantinopla hácia el fin del cuarto siglo, siendo emperador Teodosio el Grande, con quien estaba emparentada. Su padre Antigono, gobernador de la Lycia y del órden senatorio, era el señor mas estimado y mas virtuoso de Constantinopla; su madre Eufrasia, siendo el ejemplo de todas las señoras cristianas, era al mismo tiempo la que mas brillaba en la corte.

Habiendo ofrecido á Dios á Eufrasia su hija, único fruto de su matrimonio, convinieron los dos de comun acuerdo en vivir lo restante de sus dias en continencia, para dedicarse á la virtud con mayor desembarazo.



STA. EUFRASIA V.

El principal objeto de las atenciones de la virtuosa madre fué la educacion de su hija. Persuadida á que su mayor y mas esencial obligacion era criar aquella tierna niña en el temor santo del Señor, no aguardó á que con la edad se la despejase la razon para hablarla siempre de Dios; siendo esta su continua conversacion desde que la niña pudo oirla, aunque no fuese capaz de entenderla. El ordinario asunto de las lecciones que la daba eran el temor de Dios, las verdades de la religion, la salvacion eterna, el horror al pecado, y el amor de Jesucristo; y la niña Eufasia, que estaba dotada de ingenio vivo y de un escelente natural, se supo aprovechar tan bien de lo que oia, que en la edad de cinco años era ya la admiracion de la corte, y la miraban todos como un pequeño prodigio.

En esta tierna edad perdió á su padre Antigono, que habiendo sido la edificacion de la corte y de todo el imperio por su bondad natural, y por la escelencia de sus cristianas virtudes, fué á recibir la recompensa en el cielo, dejando cubierta de luto á la corte y al palacio, y quedando inconsolables el emperador y la emperatriz por pérdida tan sensible. Tomaron sus majestades debajo de su imperial proteccion á la niña Eufasia, y se encargaron con singular gusto de su tutela.

Era natural que á una heredera tan rica, y de tan elevado nacimiento, no la faltasen pretendientes; y así aunque contaba solo cinco años, se declararon por tales los mayores señores de la corte. Queriendo el emperador preferir á un joven senador, que tambien era muy rico, se lo propuso á su madre, aconsejándola que le prometiese á su hija. Admitió la proposicion aquella señora; firmáronse los contratos, y se convino en esperar á que la niña tuviese la edad correspondiente para desposarse.

Pero como la misma madre era celebrada por la mayor hermosura de la corte, tan joven que no pasaba de veinte y dos años, de la primera calidad, y no menos rica que su hija, aun era mas pretendida que ella. Apurábanla todos para que volviere á casarse, y hasta el mismo emperador se lo aconsejaba. Pero Eufasia, que aun durante el matrimonio habia hecho voto de castidad, conoció que era menester retirarse de la corte para poner á cubierto su viudez. Poseia en Egipto cuantiosos bienes, y con pretexto de visitarlos emprendió un viaje á aquella provincia, llevandose consigo á su hija; pero el verdadero motivo era buscar en ella algun retiro donde pudiese dedicarse únicamente á Dios lo restante de su vida.

Apenas llegó á Egipto cuando todos los monasterios vecinos

y los pobres de la comarca experimentaron los efectos de su ardiente caridad. Sirviéronla sus grandes riquezas para hacer grandes limosnas; y todo su estudio fué aprovecharse bien de los grandes ejemplos de virtud que encontró en aquellos desiertos.

Habia en una ciudad de Egipto un convento muy numeroso de religiosas, que profesaban perpetua clausura, y una vida muy estrecha: no comían carne, ni pescado; no bebían vino, ni aun usaban de aceite; sustentábanse de solas legumbres; no probaban fruta; dormían en la desnuda tierra; comían una sola vez al día, y muchas pasaban dos días enteros sin comer; huyendo todas de cuanto podia tener visos de delicadeza ó de regalo.

Cautivó á la virtuosa viuda la extraordinaria virtud de aquellas santas vírgenes, sobre todo, despues de haber hecho esperiencias y tenido pruebas concluyentes de su gran desinterés; porque deseando que las tocasse mucha parte en sus cuantiosas limosnas, jamás pudo reducir las á que admitiesen una gran cantidad de dinero que las envió, alegando ellas constantemente que las bastaba el trabajo de sus manos para sustentarse. Lo mas que pudo conseguir, y eso por complacerla, fué que aceptasen una corta porción de aceite para la lámpara, y algunos perfumes aromáticos para quemar en la iglesia.

Como continuase en hacer frecuentes visitas á aquella santa casa, un día entró en ella con su hija á la sazón de solos siete años. La prelada del convento, que no acababa de admirar la anticipada cordura y la extraordinaria devoción de la niña, la preguntó por entretenimiento á quien quería mas, ¿á las monjas, ó al caballero que estaba prometida? Respondió la niña: *Ni yo le conozco á él, ni él me conoce á mí; pero las monjas todas me conocen, y yo las conozco á todas, y tambien las quiero á todas.* Ahora, añadió la Santa, tambien quiero yo hacer otra pregunta: ¿Y las monjas á quien quieren mas: al caballero á quien estoy prometida, ó á mí? Sonrióse la prelada, y la respondió: *Hija mia, á tí todas te queremos mucho, y tambien te quiere mucho nuestro Señor Jesucristo. Pues tambien yo quiero mucho,* replicó Eufasia, *á todas las monjas y á Jesucristo nuestro Señor.* La santa madre que estaba oyendo la conversacion de su hija, llena de gozo, y apenas pudiendo reprimir las lágrimas, la dijo disimulando su alegría: *Vamos, hija, que ya se hace tarde, y la madre abadesa tiene que hacer.* Aquí la niña: *Usted, madre, si se quiere ir, puede hacerlo cuando fuere servida; que yo, con su licencia, quiero quedarme*

con estas monjas que me quieren mucho. Dijo la prelada: *Hija mia, es menester que te vayas con tu señora madre; porque dentro del convento no puede quedar ninguna que no esté consagrada á Jesucristo.* ¿Y donde está Jesucristo? preguntó la niña. *Ves allí su imagen,* respondió la prelada, enseñándola un crucifijo. Corrió la niña hácia él; hincóse de rodillas, abrazóle tiernamente, y exclamó diciendo: *Vos sois mi Señor, yo me consagro á vos para siempre, dulce Jesus mio; no saldré de este convento porque no quiero otro esposo que á vos.* Asombrada la superiora, sin acertar á contener la admiración ni las lágrimas, la replicó: *Hija mia, no te puedes quedar con nosotras, porque no tenemos donde ponerte. Eso no importa, madre,* respondió la fervorosa niña; *yo estaré donde están todas las demás.* No fué posible ni á la superiora ni á la madre reducirla á otra cosa, y se vieron precisadas á dejarla en el convento, esperando que presto se disgustaria de aquella vida. No obstante, aun hizo otra tentativa la prelada; díjola en presencia de su madre que si quería quedarse dentro de la casa era menester que aprendiese el Salterio de memoria, que ayunase todos los días, y en fin, que habia de cargar con todas las penitencias y observancia de la regla. A todo se ofreció la niña Eufasia con una intrepidez y con un aliento que pareció cosa sobrenatural. La buena madre, deshecha toda en lágrimas de consuelo, la abrazó con gran ternura, tomóla de la mano, llevóla delante de un crucifijo, y ella misma ofreció á Dios aquella inocente víctima que el mismo Señor habia escogido; entrególa despues á la prelada, y se retiró á su casa, desprendida ya enteramente de todo lo terreno, y viviendo desde entonces mas únicamente para el cielo.

Pocos días despues recibió la niña Eufasia el hábito y velo de religiosa, siendo admiración de las mas ancianas su devoción, su fervor y su espirituoso aliento. Ni se tardó mucho tiempo en recoger los frutos de tan extraordinaria vocación.

La madre Eufasia, escitada cada día mas con el ejemplo de su santa hija, se entregó con mayor fervor que nunca al ejercicio de todas las virtudes. Luego que vió á su hija consagrada á Dios, consideró que no tenia mas hijos que los pobres. El ejercicio continuo de oración y la vida penitente que hacia, debilitándola la salud, adelantaron el premio de sus merecimientos. Díjola un día la prelada del monasterio que habia visto á su marido Antigono rodeado de resplandores, que convidaba á su esposa para que le fuese á hacer compañía en la gloria. Desde aquel punto se dispuso para la muerte redoblando su fervor, y pocos días despues, llena de merecimientos, descansó en el Se-

ñor, siendo enterrada en el mismo convento; y la Iglesia griega celebra su memoria, juntamente con la de Antígono su marido, el día 11 de enero.

Luego que el emperador tuvo noticia de su muerte, se la hizo saber al joven senador á quien estaba prometida su hija, y al mismo tiempo le hizo tambien saber la profesion religiosa de ésta: el senador suplicó á su majestad imperial se dignase de escribir á Eufrasia, acordándola la palabra que su madre y parientes le tenian dada, y así lo hizo. Pero la Santa, luego que recibió la carta del emperador, le respondió con estos precisos términos, siendo ella misma la que notó la respuesta:

«Señor emperador: V. M. aconseja á su sierva que prefiera «un hombre mortal á Jesucristo, el cual se dignó escogerme «para esposa suya, y me tiene preparada una felicidad eterna «en la mansion de los bienaventurados. No quiera Dios que «vuestra humildísima sierva tenga jamás tan injusto y tan im-
«pio pensamiento. Yo soy ya de Jesucristo, y no puedo ser «de otro alguno: todo mi deseo es que el mundo no se acuerde «mas de Eufrasia. Suplico humildemente á V. M. que mande «distribuir á los pobres, á los huérfanos y á las iglesias todos «los bienes que mis padres me dejaron en Constantinopla y en «sus cercanías; que se dé libertad á todos los esclavos de mi «casa, y que se perdone á los administradores y renteros míos «todo cuanto me debieren despues de la muerte de mis padres.»

Enternecióse tanto el emperador con esta carta, que la hizo leer en senado pleno, y mandó se ejecutase exactísimamente todo lo que la Santa prevenia.

Si fué admirable su desasimiento de todas las cosas del mundo, no fueron menos asombrosos los progresos que hizo en el camino de la perfeccion. Desde edad de doce años se había acostumbrado á comer una sola vez al día, y esa al anochecer; despues solo tomaba alimento de segundo, y algunas veces de tercer en tercer día. La abnegacion y la humillacion de sí misma no podia subir mas de punto. No habia oficio tan bajo, que no pretendiese con ansia; ninguno tan vil, en que no se emplease con el mayor gusto; y el que la viese en lo que se ocupaba y el esmero con que lo hacia, creeria sin duda que habia nacido esclava, y que jamás se habia empleado en otra cosa.

Con todo eso, aquella inocentísima, aquella purísima vida no se eximió de las mas molestas y de las mas enfadosas tentaciones; pero la sinceridad y la humildad con que las descubria y declaraba al que tenia en lugar de Dios, condujo mucho para que siempre saliese victoriosa; y todos los artificios del enemigo

de la salvacion solo sirvieron para hacerla mas humilde, mas mortificada, y para que adelantase su abstinencia al estremo de no comer mas que una sola vez cada semana; pero sin que por eso se debilitase su naturaleza, conservándose tan vigorosa, que era la mas robusta de todo el convento.

Por mas cuidado que ponía en olvidarse ella misma, y en hacer que las demás se olvidasen de lo que habia sido, considerándose como la última de toda la casa, y deseando que todas la tratasen como á tal; con todo eso hacia todas las cosas, aun las mas bajas, con una especie de natural dignidad, que no era posible dejarse de conocer que habia nacido princesa.

El extraordinario mérito de la joven Eufrasia, y la singular estimacion que todos la tributaban, escitaron, como ordinariamente sucede, los celos y las enviduelas de otras religiosas de mas humilde nacimiento, y de no tanta virtud. La que mas sobresalió entre todas fué cierta monja imperfecta, llamada Germania, que trató á nuestra Santa de hipócrita y embustera, diciéndola que todos sus actos de humildad y todas sus penitencias eran pura hazañeria, solo por singularizarse, y para que algun día la hiciesen abadesa. Sorprendida la humildísima virgen al oír semejante discurso, se arrojó á los pies de aquella inconsiderada religiosa, y con la mayor humildad la pidió perdon, suplicándola que rogase á Dios por ella.

Dió luego á conocer el Señor cuan grata le habia sido la paciencia y la humildad de su fiel sierva, por las gracias extraordinarias y por el don de los milagros con que la favoreció. Pero no poseyó por mucho tiempo la tierra este precioso tesoro. Acabó presto Eufrasia una vida tan santa con una preciosísima muerte. Sucedió ésta el día 13 de marzo por los años de 410, teniendo treinta de edad, y habiendo pasado los veinte y tres en el convento.

SAN RODRIGO Y SALOMON, MÁRTIRES.

EL padre S. Eulogio, que escribió el triunfo de estos dos ilustres mártires de Jesucristo en el libro que intituló Apologético de los Mártires, nos dice, que S. Rodrigo fué natural de la villa de Cabra, sita en el obispado de Córdoba, hijo de padres cristianos, los cuales le educaron segun las piadosas máximas de nuestra santa religion; y aplicado al estudio luego que tuvo edad competente, hizo en las ciencias eclesiásticas tan conocidos progresos, y dió tan calificadas pruebas de su eminente virtud, que ascendió por sus méritos á la dignidad del sacerdocio: en cuyo sa-

grado ministerio fué su irrepreensible conducta el mayor testimonio de su justificacion, distinguiéndose desde luego en el nuevo estado por su singular piedad, y por la arreglada circunspeccion de sus costumbres.

Quiso Dios ejercitar la eminente virtud de su fidelísimo siervo por medio de una guerra continua, que si bien fué causa del mas vivo dolor, lo fué de su mayor merecimiento. Tenia Rodrigo dos hermanos tan diferentes en la religion como unidos con el vinculo de la sangre. Uno de ellos era cristiano, y otro profesor de la secta de Mahoma, que era la predominante por entonces en España, con motivo de hallarse en poder de los Africanos, hecha por lo mismo la nacion un teatro lastimoso de diferentes sectas, como hoy sucede en los paises donde viven mezclados los herejes con los católicos. Pasaron las continuas riñas que tenian los dos hermanos un dia tan adelante, que no contentos con las palabras, vinieron á las manos, lastimándose reciprocamente. Procuró el Santo pacificarlos; pero las resultas fueron, herirlo tan gravemente, que llegó á perder todos los sentidos. Creyóle muerto el hermano mahometano, y cuando debia condolerse de aquella desgracia, procedió como bárbaro, haciendo que le pusiesen en un ataúd, en el que fijó un rótulo que decia: *Este á quien conocisteis sacerdote de los cristianos, estando en la hora de la muerte, ha sido ilustrado por nuestro profeta Mahoma; en virtud de lo cual ha renegado de Jesucristo, ha reconocido su error, y ha pasado á nuestra herencia.*

Volvió Rodrigo del letargo, pero habiendo sabido la enorme traicion que contra su fe cometió el pérfido hermano, penetrado su corazon del mas vivo dolor, procuró desacreditar la impostura por cuantos medios le dictó su prudencia. Conoció la impresion que habia hecho la calumnia en el vulgo, siempre fácil á creer lo peor; y persuadiéndose que no le seria fácil disuadir al pueblo, resolvió ausentarse de su patria. Llegó á Córdoba en tiempo que se hallaban consternados todos los cristianos á causa de la cruel persecucion que movió contra ellos el rey Mahomet hijo de Abderramen, uno de los mas fieros enemigos del nombre, y religion de Jesucristo, con cuyo motivo se retiró á la sierra de Córdoba, donde le pareció que podria con mas quietud dedicarse al servicio del Señor.

Bajó un dia el siervo de Dios al mercado de Córdoba á comprar cosas precisas para alimentarse, y viéndolo su pérfido hermano, que por casualidad, ó por disposicion divina habia concurrido al mismo mercado, no contento con llenarlo de injurias, le delató al juez árabe, con la falsa acusacion de que habia renegado de Je-

sucristo. Quedó sorprendido Rodrigo con tan inesperada novedad; pero conociendo que aquella era disposicion de la divina Providencia, para que diese pruebas públicas que fuesen acreedoras de la gloria del martirio, negó á presencia del juez la imputacion del pérfido delator, diciendo: *Testigos son cuantos me conocen, que mi fe y mi vida han sido siempre cristianas, lo que se confirma por mi trato con los de esta religion, y se apoya sin la menor duda por mi estado sacerdotal. ¿Quién vió jamás que mi conducta degenerase de mi profesion, ni quién lo oyó sino de la boca de un hermano traidor, que valiéndose de la casualidad de un letargo, cometió la vileza de fingir esta calumnia?* Creyó el juez que para rendir á un hombre del carácter de Rodrigo tendria mas eficacia la blandura y la urbanidad que la severidad, ni el rigor; y siguiendo esta idea, le ofreció los partidos mas honrosos, siempre que se separase de la religion cristiana, y confesase por verdadero profeta á Mahoma; pero despreciando el Santo con valerosa generosidad todos los ofrecimientos, le hizo entender las patrañas y los embustes de su secta, y que solo habia justificacion, verdad y santidad en la ley de Jesucristo.

No es fácil esplicar el enojo que concibió el bárbaro luego que oyó al ilustre sacerdote, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó ponerlo en una oscura mazmorra, expresando su furor con estas voces: *Cubran las tinieblas la desvergüenza del renegado, quebranten los hierros los brios del atrevido, y viva en compañía de los ladrones el que menosprecie nuestra ley.* No acongojó á Rodrigo el horror del calabozo, ni el estrépito de las prisiones; antes bien comenzó con nuevo aliento á insultar á los infieles á que hiciesen uso de todos los tormentos que pudiera discurrir su bárbara crueldad, asegurándoles, que primero se cansarian, que desfalleciese su constancia.

Cuando entró Rodrigo en la mazmorra, encontró en ella á Salomon preso por la misma causa. Comunicáronse ambos los piadosos sentimientos del corazon, y hallándose conformes en los mas vivos deseos de padecer martirio, pactaron emplearse en el servicio de Dios, hasta que llegase el tiempo de ofrecerle sus vidas en sacrificio. Con esta mira castigaban sus cuerpos con rigurosos ayunos, y con continuas vigiliass, recreando sus almas con la meditacion de las eternas verdades, ansiosos ambos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con Jesucristo. Irritado el infierno de ver convertida en casa de oracion la morada de los malhechores, inspiró al juez que ordenase separar á los dos íntimos amigos, para que no tuviesen comunicacion. Sintieron ambos aquel divorcio; pero resignándose con la voluntad divina

que así lo permitia, rogaban incesantemente á Dios, que no dilatase el triunfo, que esperaban conseguir de sus enemigos asistidos con su gracia. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de sus siervos, y no tardó en concederles la dicha que apetecian.

Mandó el juez árabe comparecer á Rodrigo y á Salomón á su tribunal, y habidos en su presencia, se valió de las promesas mas ventajosas, y de las amenazas mas terribles para separarlos de su propósito; pero hallándoles cada vez mas firmes en la confesion de Jesucristo, y en el desprecio de su falso profeta, los sentenció á degüello. Llegaron los Santos á la orilla del río, que era el lugar señalado para el suplicio, y volviendo el juez á probar la constancia de los dos ilustres confesores, le respondió Rodrigo con generoso valor: En vano te cansas para estraernos del camino, cuando ya estamos al fin de la carrera; ya no es tiempo de gastar palabras, ejecuta luego tu crueldad, para que pasemos á gozar de la vista de Jesucristo, por cuya fe desafiarnos hasta la misma muerte. Irritó al juez de tal suerte este último desprecio, que no pudiendo sufrir por mas tiempo la burla que de él hacian, mandó decapitarlos inmediatamente. Armáronse los dos Santos con la señal de la cruz, y puestos de rodillas, aprontaron llenos de alegría sus cuellos al verdugo, que con dos fieros golpes cortó las cabezas de ambos en el día 13 de marzo del año 859. Llegó la nueva del glorioso triunfo que consiguieron Rodrigo y Salomón de los infieles á S. Eulogio, á tiempo que acababa de celebrar el santo sacrificio de la misa, y queriendo certificarse con sus propios ojos, de lo que despues escribió con la pluma, pasó al lugar del suplicio sin algun temor.

No satisfecho el tirano con el castigo dicho, quiso vengarse en los venerables cadáveres, mandando, que los clavasen por los pies en dos palos á la vista de la ciudad, y que despues que estuviesen así todo el día, les arrojasen al río. Fueron eiecuidadas sus órdenes con la mayor prontitud; pero respetando las aguas aquellos depósitos que habian sido de las dos almas dichosísimas, los pusieron suavemente en la orilla del río. Hallaron los vecinos del barrio, llamado por entonces de los Tercios, la cabeza de San Rodrigo no lejos de su cuerpo; y sabiéndolo un sacerdote, estrajo de las aguas las santas reliquias, y las depositó en su casa, hasta que se condujesen á la iglesia de S. Ginés con la debida solemnidad, como lo hicieron los cristianos cantando himnos y salmos en la pompa funeral, sin temor de los Mahometanos.

Concluido el oficio de Rodrigo, se encendieron los fieles en vivísimos deseos de buscar las reliquias de Salomón, á pesar de la

palabra que empeñó el juez moro de hacer un escarmiento con quien lo intentase. Aparecióse el ilustre mártir á un sacerdote, y le indicó el paradero de su cuerpo en aquella parte del río, que correspondia al barrio dicho de las Ninfas; y sacándole de él, se le dió sepultura con la misma solemnidad que á su compañero en la iglesia de S. Cosme y S. Damian: de cuyo templo, del de San Ginés, ni de los barrios dichos, no nos dejó el tiempo memoria alguna, si solo la de los triunfos de estos gloriosos Santos, que enriquecieron á Córdoba con sus venerables reliquias.

La Misa en honra del Santo es del comun de confesor pontífice, y la oracion de la Misa es la siguiente:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leandro se aumente en nosotros la devocion, y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pedro.

Hermanos: á los superiores como igual en el ministerio, y testigo de la pasion de Cristo, y como participante de la gloria, que se ha de revelar en lo futuro: que apacenteis la grey de Dios, que os está cometida, proveyéndola, no por fuerza, sino espontáneamente; no movidos por torpe lucro, sino graciosamente: portándoos no como dominantes en el clero, sino acordes en el ánimo en forma de grey; para que cuando aparezca el Príncipe de los pastores, percibais la corona inmarcescible de su gloria.

REFLEXIONES

Esto es lo que ruego á los sacerdotes: Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, consenior. ¡Qué estilo tan distante de aquellas cláusulas altaneras y afectadas, de aquellas palabras imperiosas, de aquel tono magistral dominante, que enajenan los corazones, y enconan los ánimos en vez de instruirlos! El Principe de los Apóstoles, la cabeza de la Iglesia, el padre de todos los fieles se sirve de la palabra *ruego* cuando escribe á los sacerdotes. No teme abatir su dignidad, ni envilecer su carácter, poniéndose de nivel con sus inferiores, y dándoles instrucciones con título de súplicas. ¡Buen Dios! ¡qué imperio tiene sobre el corazón de los hombres esta dulzura, esta humildad, cuando están acompañadas de un mérito real, y de una virtud verdaderamente superior!

Pero cuando se quiere suplir el mérito con la imperiosidad, y con la altanería, sale mal la cuenta. La dulzura y la modestia de los Santos encantan: su afabilidad los hace mas respetables; encuéntrase no sé qué género de superioridad, no sé qué aire de nobleza aun en sus mismas humillaciones. La grandeza, que no tiene mas lustre que el que la prestan ó los muebles preciosos, ó el magnífico equipaje, es bien poca cosa. Muy débil está el que tiene necesidad de tantos apoyos para mantenerse.

Pascite qui in vobis est gregem Dei: Apacentad el rebaño de Dios, que se fió á vuestro cuidado. Si es rebaño de Dios, ¡qué delito será el abandonarle, ó el dejarle que se apaciente de pastos no sanos! ¡qué delito será el no darle pasto alguno!

¡Ay de aquellos pastores de Israel, dice el Profeta (*Ezech. 34.*), que se apacientan á sí mismos! ¿Pues qué? ¿Los pastores no apacientan al ganado? Y vosotros os mamais la leche de mis ovejas, os cubris con su lana, y no tratais, ni cuidais de apacentarlas á ellas. Nunca os habeis aplicado ni á fortificar á las débiles, ni á curar á las enfermas, ni á aliviar con una triste venda la fractura de las perniquebradas. No habeis tomado el corto trabajo de levantar á las que se caían, ni de buscar á las que se descarriaban, contentándoos con dominarlas con rigor, con severidad, y con imperio. Por eso mis pobres ovejas andan por ahí esparramadas y perdidas, porque no tienen pastor, y por eso caen en las garras de todas las fieras del monte, que miserablemente las despedazan, y se las engullen.

¡Qué gran cosa fuera que estas reprensiones, y las amenazas que se subsiguen á ellas, hablasen únicamente con los pastores de la ley antigua! Gracias al Señor, no hay hoy en su santa Iglesia muchos pastores de este carácter. Tenemos el consuelo de ver cumplido lo que habia prometido Dios por su Profeta: *Suscitabo super eos pastores, et pascent eos.* (*Jer. 23.*) Ha dado Dios á su Iglesia pastores dignos, que cuidan de apacentar su rebaño, y de desviarle de todo pasto que pueda serle nocivo. Pero si por desgracia se encontraran algunos de aquellos pastores descuidados y negligentes; de aquellos ministros de los altares mas mercenarios que pastores, los cuales se apacentasen ellos á costa de su rebaño, dejándole á él perecer de hambre; ¿qué tendrían que responder al Juez supremo, cuando les pidiese la sangre de las ovejas muertas por falta de pasto, ó de las despedazadas por negligencia, y por ausencia del pastor? *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* ¡O que obligacion tan terrible la de dar cuenta así de la sangre de las ovejas, como de las funciones sagradas del altar, y del patrimonio de los pobres!

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo encargaba á sus discípulos la vigilancia en el cumplimiento de sus preceptos, les dijo: Bienaventurado aquel siervo, que cuando viniere su señor, le encuentre obrando conforme (sus órdenes.) En verdad os aseguro, que le constituirá sobre todo cuanto posee; pero si aquel siervo dijese dentro de sí: Mi señor tarda en venir; y principiase á castigar á los siervos y siervas, comer, beber y embriagarse; en el dia que no es-
pera, y hora que ignora, vendrá su señor, le separará de sí, y lo echará con los infieles. Aquel siervo, pues, que conociendo la voluntad de su dueño, no dispone, ni obra segun ella, recibirá muchos azotes; pero aquel que no conociéndola hace cosas dignas de castigo, recibirá menos azotes. A todo aquel á quien se ha dado mucho, mucho se le exigirá; y al que mas encomendaron, se pedirá mas cuenta.

MEDITACION.

De la falsa seguridad.

PUNTO PRIMERO.—Considera, que no hay criado alguno que quiera ser cogido en falta por su amo, y que noticioso de que este está para venir, no se ponga en estado de cumplir con su deber. El que se halla prevenido de antemano sin temer que le cojan de sorpresa, vive descuidado hasta el tiempo crítico; y esta es la razon, dicen los Padres, porque Dios nos ocultó á todos la hora de nuestra muerte. Quiso que no sabiendo la hora en que habia de venir á pedírnos, ó á tomarnos las cuentas de nuestra administracion, estuviésemos siempre dispuestos para darlas. Velad, y orad sin cesar, dice el Salvador, porque ignorais el momento decisivo de vuestra eterna suerte. Y si en medio de esta incertidumbre todavía se vive con tanta negligencia; ¿qué seria si estuviéramos seguros de que el amo no nos habia de coger de repente? Pero siendo la incertidumbre tanta, ¿quién nos alienta, quién nos asegura en la continuacion de nuestros desórdenes?

No vendrá tan presto el amo, dice el siervo negligente; y bajo esta necia confianza se abandona á mil escesos. ¿No nos pinta á nosotros el Evangelio, no representa al vivo nuestro retrato en el de este siervo infiel y descuidado? Soy mozo, gozo buena salud, me siento con la mayor robustez, no hay que temer que el so-

berano Juez venga tan presto: esto es lo que asegura al pecador en medio de sus mayores disoluciones; lisonjéase de que siempre tendrá tiempo para convertirse. ¿Pero en qué funda esta falsa seguridad, y esta engañosa confianza? Eres jóven; ¿pero la muerte respeta por ventura alguna edad? Eres robusto; ¿y cuántos mas robustos que tú murieron de repente? No hay instante en la vida, que no pueda ser el último; no hay viejo tan viejo que no se prometa por lo menos un año mas de vida; no hay enfermo tan deplorado, que no tenga esperanza de sanar; no hay alguno, digámoslo así, que no muera de repente, esto es, que no muera cuando todavía esperaba vivir mas. Es cierto, segun la palabra de Jesucristo, que el Hijo del hombre viene siempre cuando menos se le espera; ¡y con todo eso hay quien se ria, hay quien se divierte, hay quien viva tranquilo, viviendo en pecado mortal! ¿No me dirás, infeliz, en qué alianzas esa desdichada seguridad?

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué asombro debe causar la falsa seguridad de innumerables gentes, que trayendo una vida tan poco cristiana, pasan alegremente sus días, entregados á diversiones, á gustos, á entretenimientos; y llevando en su frente estampado el carácter de reprobacion, con todo eso viven tranquilos, y casi sin remordimiento, como si nada tuvieran que temer. ¿Qué se juzgaria de una persona, que teniendo debajo de los pies un horrendo precipicio, voluntariamente se echase á dormir con grande serenidad sobre el borde? Toda la vida se está durmiendo, digámoslo así, sobre el borde del infierno, y no se teme precipitarse en él á cada instante! Aquellas personas, cuya conciencia engangrenada apenas habla ya palabra, porque se ha hecho insensible como los miembros del cuerpo tocados de la gangrena; aquellos hombres del mundo sorbidos de los negocios, y sumergidos en los placeres, viven con una crasa indiferencia en orden á la salvacion, con un eterno olvido de su Dios; y con todo eso viven serenos, viven tranquilos. Buen Dios, ¡qué asombro!

Las personas mas cristianas, que con tanta razon miran el negocio de la salvacion como el negocio mas importante, como el único negocio que las importa; aquellas almas inocentes, sepultadas en los desiertos, ó encerradas en los claustros, que pasan los días entre los rigores de la penitencia, que jamás pierden de vista á Dios, que siempre caminan delante de sus ojos por los senderos de la santidad, y de la justicia; un S. Leandro, y todos los demás santos, en medio de una vida tan mortificada, y tan perfecta, trabajan continuamente en su salvacion con temor, y con temblor, conforme al consejo del Apóstol; y unos

hombres metidos en el gran mundo, espuestos sin cesar á todos los tiros del enemigo, embarcados en un borrascoso mar lleno de escollos, engolfados en un piélago tumultuoso donde todo es tentacion, todo peligro, donde es contagioso hasta el aire que se respira; estos hombres están en reposo, viven alegres, comen con gusto, y duermen tranquilos. Mi Dios, ¡qué digno de compasion es el que está enfermo de peligro, y ni aun siquiera conoce que está malo!

No permitais, Señor, que viva yo en este mortal letargo: y si hasta aquí me he dejado llevar de una seguridad engañosa, abridme, mi Dios, los ojos para que jamás pierda de vista el peligro.

JACULATORIAS.—Penetrad, Señor, mi alma y mi corazon de vuestro santo temor, para que evite el rigor de vuestros terribles juicios. (*Psalm. 118.*)

Dichoso aquel que siempre está con temor en orden á su salvacion. (*Prov. 18.*)

PROPOSITOS.

1 A una falsa seguridad siempre se siguió un cruel arrepentimiento, sobre todo cuando el mal es sin remedio. ¡Qué dolor, qué desesperacion por toda la eternidad en los infiernos la de un infeliz condenado, que solamente se condenó, digámoslo así, por no haber temido condenarse! Por mas que te consuele el testimonio de tu buena conciencia en orden á la vida pasada; por uniforme, por compuesta, por ajustada que sea la presente; por defendido que te parezca que estés en el claustro, en la soledad, en el retiro, ten, si, una gran confianza en la misericordia de Jesucristo, pero no dejes de temer el rigor de su justicia. No te olvides jamás de que Judas se perdió en la compañía, en la misma escuela del Señor, delante de sus propios ojos; y que Salomon abusó del don de la sabiduría. Ningun día se te pase sin hacer de cuando en cuando estas saludables reflexiones.

2 Desconfía con moderacion de todo lo bueno que hicieres. Es menester evitar el extremo de los escrúpulos; es presuncion confiar demasiado en sus buenas obras. Di á Dios todas las mañanas, y todas las noches: *Conozco, Señor, que soy siervo inútil; pero confío en vuestra piedad que me haréis el favor de suplir mi insuficiencia, y mis defectos.* Cuando llegue á tu noticia la muerte de alguno, haz cuenta que la muerte respecto de él; por larga que fuese su enfermedad, fué repentina; y dite á